

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 71.—BARCELONA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1915



El jefe de una brigada austriaca explicando a un oficial alemán la situación militar, durante una de las últimas batallas en Polonia

CRONICA INTERNACIONAL

I. El aspecto económico de la guerra.—II. Alemania, Austria y los Estados Unidos.—III. La situación interior de Rusia.

I.—El aspecto económico de la guerra

Si se nos hubiese dicho en julio de 1914, que después de catorce meses de guerra todos los beligerantes conservarían fuerzas económicas bastantes para proseguirla sin arredrarse por su duración, no lo hubiéramos creído. Se admitía como axiomático que las guerras europeas de nuestro tiempo serían breves, porque, aparte de otras razones, a los dos o tres meses sobrevendrían la ruina financiera y el agotamiento económicos, y los pueblos perecerían. Sin embargo, nada de esto ha acontecido. Lo más sorprendente es que Alemania y Austria-Hungría hayan encontrado recursos para bastarse a sí mismas y aún dispongan de sobrantes para contratar empréstitos en los Estados Balkánicos. ¿Cómo se explica el misterio?

Por lo mismo que la guerra moderna obliga a movilizar todas las energías nacionales, el trabajo no se paraliza; lo único que cambia es su finalidad: an-

tes se producía para la exportación y el mercado interior; ahora se produce para el ejército, para todo el pueblo en armas. Alemania tomó instantáneamente esta orientación y apenas se notó la crisis industrial; ésta adquirió caracteres alarmantes en Francia, pero poco a poco se ha ido reanudando la actividad, y el número de fábricas abiertas, que en septiembre de 1914 descendió a menos de la mitad del normal, ha crecido y rebasa el 75 por 100.

Todo el secreto reside en que el dinero que el Estado gasta en la guerra quede en la nación y vuelva, en otra forma, al mismo Estado. Es un mecanismo tan sencillo, como difícil de montar. En Alemania, y después en los demás países, la Administración pública puso mano firme en esta cuestión, intervino en la industria, y el cambio del trabajo de paz al de guerra fué suave y gradual. No obstante, es indudable que mientras el Estado ha tenido que acudir en auxilio de algunos industriales, otros, mejor preparados o que ya en la paz se dedicaban al

ramo militar, están realizando enormes ganancias. No es extraño, pues, que el ministro de Hacienda del imperio, von Helfferich, haya anunciado que una de las primeras contribuciones que deben crearse es sobre las ganancias producidas por la guerra, reforma que encierra un gran sentido moral, aparte de los recursos que puede rendir.

Ha declarado también el mismo ministro, que Alemania gasta diariamente en la guerra unos ¡setenta millones de marcos! (ochenta y siete millones y medio de pesetas), y que los gastos de Inglaterra, por el mismo concepto, eran de ochenta millones (cien millones de pesetas) al día; la suma invertida en un solo mes, sobrepasa en un tercio al total de lo que se gastó durante la guerra de 1870-71. Estas cifras son aterradoras, y sólo se comprende que las puedan soportar los pueblos, teniendo presente lo antes dicho.

Como pozo sin fondo que jamás se colma, la guerra consume a torrentes la sangre humana y devora los millones. Empréstitos colosales, fantásticos, desaparecen como por encanto y es menester menuarlos. Alemania ha abierto el tercero, de diez mil millones de marcos, y sólo habrá lo indispensable para atender a los gastos hasta fin de enero; ¿podrán repetirse sin límites esos esfuerzos? Antes creíamos que no, pero los hechos han demostrado la realidad de muchas cosas que parecían imposibles, y nada nos debe ya sorprender. La guerra no terminará, según se va viendo, por agotamiento económico; difícil es también que concluya por agotamiento de hombres; lo probable es que el agotamiento moral—que lleva aparejado como consecuencia el económico—sea el que imponga la paz.

Por de pronto, los abstrusos y teóricos tratados de hacienda pública han pasado a la historia. Una cosa es la normalidad y otra la guerra. Así como un individuo encuentra en los casos de apuro fuerzas no esperadas, ni adivinadas, del mismo modo los pueblos: antes de resignarse a perecer como nación y de que la ruina general implique la de los particulares, las naciones apelan a todas sus energías, y no son sólo los recursos del Estado con los que hay que contar, sino con los inmensamente mayores y en parte ocultos del país. Mas como es imposible conocerlos con relativa exactitud, por perfecta que sea la Administración, ¡cuán honda debe ser la emoción de los gobernantes al declararse la guerra, no sabiendo—hasta que el tiempo lo descubra—si la potencialidad económica es superficial o tiene profundas y sólidas raíces! El misterio está despejado favorablemente para Francia, Inglaterra, Alemania y Austria-Hungría, y en contra de Rusia y Turquía; es probable que Italia no tarde mucho en encontrarse en una situación algo parecida a la de las dos últimas.

El empréstito anglo-francés, cuya colocación en los Estados Unidos se está gestionando, tropezó en sus comienzos con serias dificultades que parece han sido vencidas. Ascende a la enorme suma de 50 mil millones de pesetas oro, o sea cuatro veces el importe del actual empréstito alemán. Es de creer que parte del dinero se destina a Rusia; suponiendo que haya de gastarse íntegramente en las necesidades militares de Inglaterra y Francia, con los 50 mil millones sólo se tendrá lo indispensable para unos siete

meses de campaña, es decir, hasta últimos de marzo. Antes de esa fecha habrá que arbitrar nuevos recursos.

¿Podrá Europa soportar tales cargas otro año más? La indecisión de la guerra abate los espíritus y les hace desear la paz; la crisis económica preocupa a los Gobiernos y les inclina también al cese de las hostilidades.

II.—Alemania, Austria y los Estados Unidos

Se han desvanecido las esperanzas—por lo demás, quiméricas—de Francia e Inglaterra en lo tocante al rompimiento de relaciones entre los Estados Unidos y los imperios centrales. Cuando los sucesos parecían más inclinados a provocar una crisis, el Gobierno de Washington tomó una actitud conciliadora y no fué difícil suavizar asperezas y llegar a un principio de acuerdo. Este pacífico desenlace de las diferencias surgidas, se debe más al estado interior de la nación que a los trabajos diplomáticos de los austro-alemanes. Se habían manifestado en el norte de América dos fuertes corrientes de opinión, acaudilladas por grupos de poderosos industriales y hombres de positivo arraigo en el país, y nada hubiera tenido de extraño que a una declaración de guerra, siguiera inmediatamente una era de trastornos interiores. Además las huelgas, los accidentes e incendios acaecidos en las fábricas de municiones, han evidenciado que en aquel país, abierto a todas las actividades y dispuesto a apoyar cualquier elemento de riqueza, Alemania y Austria contaban con partidarios resueltos, audaces y dispuestos a los mayores sacrificios. Nos engañaríamos, sin embargo, si creyéramos que el gabinete de la Casa Blanca ha retrocedido en el camino que había emprendido, por temor a lo que pudiera acontecer en el país; eso no ha sido más que el rayo de luz que le ha hecho ver claro y leer en el porvenir. ¿Qué hubiera ganado la nación interviniendo en esta guerra? Debilitarse y ponerse en notorias condiciones de inferioridad con respecto a Inglaterra, y tal vez al Japón; renunciar a sus planes de engrandecimiento. Lo que conviene a los Estados Unidos es que Europa se destroce y arruine; después, la mitad de su labor estará hecha. Manteniendo la neutralidad, Washington gana una guerra de mayor trascendencia que lo que pudo nunca ambicionar. Esto es esto. La labor es fácil, y como suplemento aporta al país riquezas colosales.

III.—La situación interior de Rusia

El descontento entre las clases ilustradas rusas adquirió hace un mes tan vivos colores, que cristalizó en el acuerdo de pedir un cambio de gobierno. El Czar había anunciado reformas militares y en la administración pública, pero el tiempo transcurría sin que se llevaran a cabo. Finalmente, fué substituido el ministro de la Guerra, nombrándose al general Polivanov, pero el presidente del ministerio, Goremykin, declaró, sin rebozo, que convenía aplazar para más adelante las reformas relativas a la situación política interior. Las mayorías de ambas Cámaras interpretaron esta actitud como abandono de medidas que creían necesarias en estas circunstancias críticas, y el resultado fué la celebración de va-

rias reuniones extraparlamentarias, acordándose en ellas, salvo el voto de los miembros de la extrema derecha, que la iniciativa en aquella materia debía asumirla el Parlamento, visto que el Gobierno se desentendía del asunto. El punto acaso más importante de la declaración de los representantes en la Duma y el Senado, dice así: «Estricta conformidad de la Administración con la ley para la supresión del dualismo civil y militar en las operaciones; destitución de los administradores venales e indignos; y adopción de una política prudente y tolerante en los asuntos interiores, para que desaparezcan las diferencias de raza, clase y religión».

La formación del *bloque* parlamentario promovió la crisis ministerial; pero la extrema derecha se sobrepuso a los demás elementos, y al fin se acordó que algunos individuos del Gabinete conferenciaran con los directores del bloque; insistieron éstos en que su memorial fuese presentado al soberano, y al cabo Goremykin se trasladó al cuartel imperial con este objeto. El resultado no debió ser del agrado de los representantes del país, toda vez que activaron sus gestiones, hasta conseguir que una representación de su seno fuese recibida por el Czar. No se ha traslucido todo lo que en ella ocurrió, aunque puede presumirse que no tardará en sobrevenir un cambio radical en el Gobierno; probablemente, antes de que se publiquen estas líneas habrá un nuevo presidente, que puede ser el de la Duma, Rodzianko, o, menos probablemente, Jryzhanovsky, autor de muchas leyes de reforma, en tiempo de Stolipin, pero contra quien se pronuncia el partido progresista.

La agitación no quedó encerrada en los círculos políticos; aún es mayor entre los elementos financieros, industriales e intelectuales. Y se da el caso de que teniendo al enemigo cada vez más internado en el territorio nacional, estando deshecho el ejército, atribulado el país, cundiendo la miseria y el malestar en todas partes, aún se duda en relevar a funcionarios torpes o prevaricadores, no se atreve el Gobierno a dar libertades, ni a suprimir o, por lo menos, suavizar las diferencias de castas, religión, nacimientos y razas, y se pretende que estos anhelos seculares de la nación rusa no sean oídos hasta después de la guerra. ¡Entre tanto, se nos atruenan los oídos con el grito de que Rusia está luchando en defensa de la libertad de Europa! Cuánto más sencillo sería que obrara en pro de la libertad de su pueblo, que la pide con un clamoreo y una franqueza sólo explicables porque la derrota ha cercenado los resortes de la autoridad.

¿Cuál es el motivo real de que no sean atendidos esos justificados deseos? Uno de los más poderosos, sin duda, consiste en evitar que se traduzca en órdenes la irritación que reina por el sistemático asolamiento de provincias enteras, que se entregan al enemigo luego de arrasadas y de internar a sus infelices y desgraciados habitantes; pugnan estos métodos con las costumbres de nuestra época. ¿Quién triunfará? ¿Los reaccionarios, o los del centro, unidos éstos con los liberales? Malos días corren para Rusia, y los venideros serán aún peores, si no se procede en el interior con más tino que en las operaciones militares.

F. LARIN.

LA DEVASTACION DE RUSIA

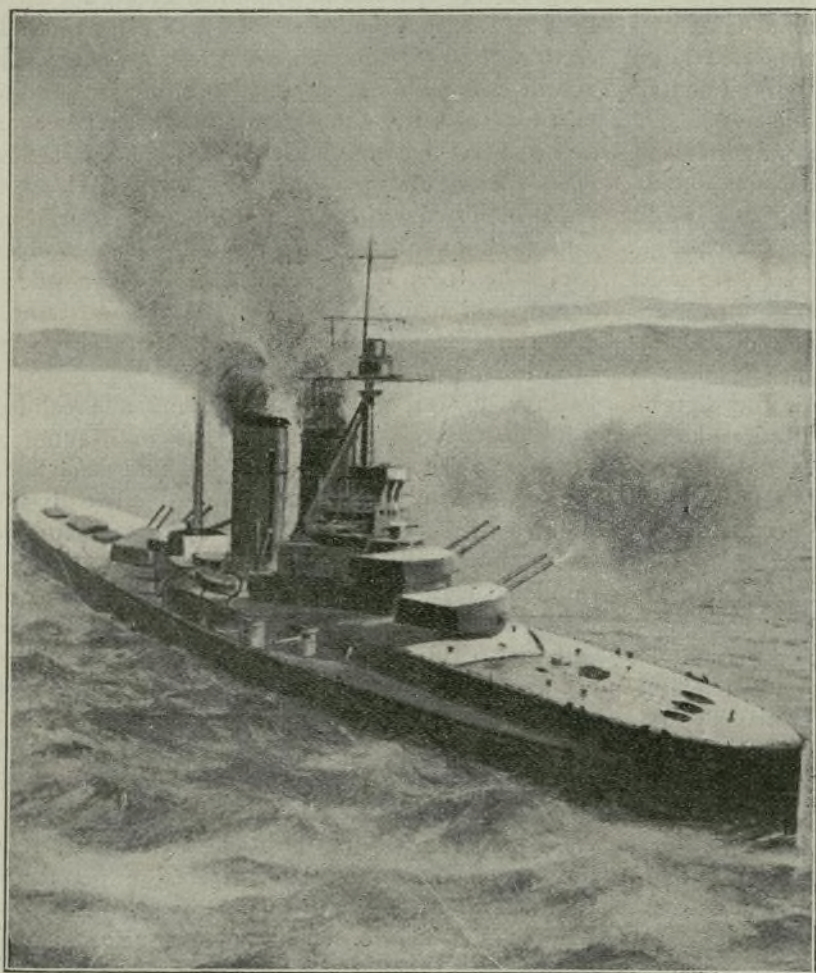
¡Podrán ser derrotados los ejércitos del Czar, pero Rusia no será vencida! ¿Quién osará dominar aquellas dilatadas estepas, las llanuras sin límite, las incontables ciénagas, los territorios despoblados? Uno de los mayores genios de los siglos, el gran Napoleón, vió hundirse su poderío en la insondable Rusia; nada pudieron su talento ni su don de organización, contra la valla infranqueable que le opuso la naturaleza; el Imperio será entregado a las llamas, antes de consentir que de él se apodere el orgulloso invasor... Así argumentaba una buena parte de la prensa francesa y otra, bastante menor, de la británica, cuando apareció la hora de la amargura en el reloj de Rusia. Aquellos vaticinios se han cumplido en su aspecto más doloroso, el menos militar. ¡Cuán grande es aquella nación, cuán sublime su conducta! Efectivamente, vistas las cosas a distancia y cuando no se han de sufrir los horrores de la devastación; apreciadas en el aspecto que más conviene al aliado y que mejor cuadra con el tono épico del entusiasmo que no expone, ni arriesga, ni pierde nada; la abnegación de Rusia, la fortaleza de ánimo con que se arruina a sí misma, con tal de dañar al adversario, merecen la admiración universal y el respeto del mundo entero.

Pero hay que acercarse un poco más a la realidad, y juzgar luego. El caso de 1812 no tiene ningún parecido con el de 1915. Entonces, un *usurpador* había dominado a la Europa continental, cuya división política arreglaba a su antojo, y se proponía completar su obra humillando al único Estado que no se rendía a sus caprichos. Ahora, Alemania puede recordar el apoyo, más que la benévola neutralidad, que prestó a Rusia en 1904-05; ha sido la atacada, en agosto de 1914, y no la agresora, y su política internacional jamás ha ido contra San Petersburgo. Napoleón era un enemigo insaciable, tanto más exigente cuanto más se le daba; Alemania es un adversario ocasional, no secular, como tantos otros. ¿Que Alemania será exigente si obtiene la victoria? ¡Qué duda cabe! Nadie puede saberlo mejor que Rusia, porque es natural que lo que ésta se prometía contando con el triunfo, tenga que soportarlo, mal que le pese, si es vencida. Ello es achaque de todas las guerras y todos los tiempos, y no tiene nada de extraordinario, al revés de lo que aconteció durante la azarosa época napoleónica.

Con todo, no es este el punto de vista que más interesa. En 1812, Rusia estaba muy poco poblada, su industria era incipiente, atrasada su agricultura, apenas existía su comercio. Hoy, siguen despobladas las llanuras del interior, pero las provincias del Báltico y del mar Negro abundan en capitales, ciudades, pueblos y aldeas, con un número de habitantes que rivaliza con el de las provincias fronterizas alemanas y húngaras; en los mismos lugares se había desarrollado una industria poderosa, que estaba floreciente, una agricultura adelantada y rica, un activísimo comercio, un movimiento intelectual intenso.

Todo ello ha sido arrasado, aniquilado, destruido con verdadera saña, por las retaguardias rusas en retirada. Millones de habitantes pacíficos han visto cómo sus casas y haciendas eran pasto de las llamas, cómo se despedazaban sus aperos y artefactos, cómo

sus cosechas se talaban y aniquilaban; fábricas y talleres han desaparecido de raíz: máquinas y herramientas desmontadas, rotas, voladas; millares y millares de familias han sido condenadas a la miseria y a la desesperación, y después de arrebatárles el fruto del trabajo y ahorro de ellas mismas y de sus antepasados, luego de haberles sumido, sin culpa propia ninguna, en la indigencia y el desamparo, se las ha obligado a un éxodo cruel; rebaños humanos, enloquecidos por el terror y por su infortunio, se han precipitado, empujados por la fuerza, hacia el interior de Rusia, hundiéndose en el corazón de un país desconocido, privados de recursos, y con la perspectiva de un porvenir acaso peor que la misma muerte.



El super-dreadnought británico «Queen Elizabeth», que tuvo que cambiar sus cañones de grueso calibre, por haberse inutilizado por el uso en los Dardanelos

Desde aquellas incursiones de los tártaros y del tristemente famoso Yengis Yan, no ha presenciado Europa un espectáculo semejante. ¿Tiene derecho Rusia a obrar de esta manera? Cuando los ejércitos y sus generales, el Estado y sus organismos, no han sabido o no han podido evitar la derrota ¿es plausible que se trate así a un pueblo que entregó pródigamente la sangre de sus hijos y los recursos económicos que tenía, y a quien ninguna participación, ni responsabilidad incumbió en los desastres militares? ¿Cómo calla la prensa y tiende el manto del silencio sobre hechos tan graves? ¿No es esa prensa la misma que aún anatematiza la destrucción de un barrio de Lovaina y la que pregon a los cuatro vientos la caída de un proyectil en una vieja y respetable catedral? ¿Es admisible, en nuestra época de civilización y libertades públicas, la práctica de tales

métodos de destrucción y asolamientos generales? ¿Debe llevarse la resistencia hasta el punto de incendiar y exterminar todo lo que no se es capaz de defender? La salvación de un pueblo ¿cabe basarla en su aniquilamiento total? ¿Abrigan los rusos la convicción de que obrando así perjudican más a sus adversarios que a sí mismos? ¿Es simplemente una medida de seguridad nacional? ¿Se acomoda con la situación política del mundo?

Responda quien quiera a estas preguntas; pero la mayor benevolencia no será capaz de exculpar a los gobernantes rusos del pecado de la torpeza. Porque esos millares de víctimas infelices que están siendo internadas por la fuerza, pregonan, con sólo el simple acto de presencia, la gravedad e intensidad de los fracasos rusos; en vano los optimismos oficiales buscarán oídos crédulos en las provincias apartadas de la frontera: la guerra, que antes sólo se padecía en el oeste, predica ahora sus horrores en todo el Imperio, por la boca elocuente de los internados. De esta suerte, el malestar se extiende desde el occidente a los Urales, el pueblo palpa la derrota, y la derrota es mala consejera. La situación interior de Rusia no es, no puede ser, tan tranquila y normal como se nos cuenta: la intranquilidad, el malestar, el descontento, la impaciencia, la irritación, se han manifestado ya, no hay que dudar. Indicios evidentes de ello son el aplazamiento de la reunión de la Duma, contra el parecer de casi todos sus miembros; la continua crisis del Gobierno; las propuestas elevadas por los diferentes grupos políticos; las juntas de grandes industriales, terratenientes y fabricantes, en las que se han exteriorizado las quejas contra la burocracia; los clamores contra la viciada administración del Estado; y, en último término, el abandono de la corte por el Czar y su

marcha al teatro de la guerra para ponerse al frente del ejército. No existiera el menor asomo aparente de anormalidad, y el lenguaje de la prensa rusa fuera el mismo que un año atrás, y no por eso creeríamos que reinaba en el Imperio la paz de los espíritus y la resignación engendrada por el deber y el convencimiento. Ello sería contra la naturaleza humana y estaría en pugna con la psicología de las muchedumbres. *Salus publica, suprema lex est*, pero lo primero es la salud, la salvación, y no se va a ella condenando a la muerte a provincias enteras. Rusia está atravesando un período de honda crisis; ¿se resolverá en un resurgimiento de energías contra el invasor, o por lo contrario precipitará la paz? ¡Cuántas cosas sabremos, que no *queremos* vislumbrar, el día que acabe la guerra!

.....

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

En las trincheras

(De nuestro Corresponsal)

XIV

Pocos pasos nos faltan para llegar a la primera línea cuando por sobre nuestras cabezas pasan balas francesas, silbando a manera de extraños pájaros invisibles de un país encantado. El silbido incomodó de seguro nuestros oídos, pues intempestivamente y sin pensarlo agachámonos todos. Mas yo me rehice luego, que el ruido no es nada desconocido para mí y tan sólo la larga privación me hizo al principio extrañar. No así mis colegas yankees, y mi doctor en derecho, quienes a cada bala nueva repiten la inclinación, de tal manera que me pienso que si el tiroteo por sobre nosotros se continúa cinco minutos más, van a quedar mis señores compañeros, al final, más encorvados que un mahometano en oración. Los oficiales alemanes, acostumbrados, como están, a éstos y otros ruidos más peligrosos todavía no dejan de ocultar una sonrisa, viéndolos de reojo, tanto más cuanto que saben que la profundidad del foso nos protege completamente contra el peligro de las balas. Un soldado que encontramos, figúrase, de seguro, que le saludan y saluda a su vez rápidamente sin detenerse en su marcha.

Doblamos en ángulo recto para entrar en otra línea de posiciones. El capitán que hace veces de jefe de batallón se adelanta a recibirnos y nos desea la bienvenida en los límites de su mando. Conversamos con él unos minutos y continuamos un buen trecho todavía en esta línea. Nos han conducido por aquí, porque es público y notorio que es uno de los barrios de esa gran ciudad subterránea, donde más expansión encuentra el ánimo y mayor contentamiento los sentidos. Y en efecto. Hay que ver cómo se divierte la gente en este foso. Si los soldados fueran españoles, llamaríanle sin duda al barrio, barrio de la bombilla y a la zanja en cuestión el «merendero de Niza» o el de «Juan»—si es posible abstraer el elemento de taldas de las meriendas de Juan!—Y, sin embargo, se divierten los bávaros, que reconocidamente son gentes de humor y de jaleo. En tanto que, en fila, los centinelas observan en dirección del enemigo, y los más necesitados remiendan

sus equipos rotos y limpian sus fusiles, silbando apacibles, olvidados por completo del medio en que se encuentran, ameniza la orquesta del puesto la alegría matutina—para muchos quizás la última de sus días.... De una de esas armazones enclavadas en la pared y que sirven de abrigo a los soldados en reposo o en espera de su turno, que en esta ocasión es extraordinariamente confortable, pues que cabe un hombre con doblar la cabeza sobre el pecho, así como las rodillas y un tanto el cuerpo mismo; de uno de esos escondrijos, digo, salen los acordes de



Oficiales del regimiento de húsares húngaro número 6

la música. Si acordes pueden llamarse—perdonen los entendidos, yo soy profano en la materia,—los producidos por un violín de una cuerda cortada de un árbol y que un desinteresado diría una rama, montada sobre un pedazo de tabla, de tal manera que se pueda ahorrar el arco tan usado en otros círculos de violinistas y el sonido se produzca tirando de la cuerda—llamaréla cuerda para no ofender a su autor que le dió el nombre—y soltándola enseguida, con lo cual golpea sobre la tabla; y un piano especial construido al efecto. El piano está representado por una hilera de fondos de botella puestos boca abajo, los unos de mayor altura que los otros, continuados por cajetillas de cerillas, casquillos vacíos y otros elementos que no pudo definir mi mirada, ni

entender sus nombres mi alemán limitado, sobre los cuales golpea el artista pianista con dos trozos de madero enlodados, con grande habilidad y rapidez. Estos dos instrumentos tan primitivos cuanto raros, acompañan con sus acentos, que resuenan por demás extraños en la caseta de madera, el silbar y cantar de los de fuera entonando una canción de Munich—para la cual su autor no se imaginó seguramente una orquesta semejante.—El todo de tiempo en tiempo entrecruzado por el agudo «piff, piff» de las balas y el «craja» seco de los shrapnells al estallar, produce una música que nadie llamaría celestial; pero que en medio de las trincheras, a un centenar de metros del fuego enemigo, tiene un acento especial de virilidad y grandeza, apenas comparable con los cánticos guerreros de los antiguos germanos al entrar en combate, de que habla César, y que da testimonio de la entereza indestructible de los guerreros en que ha puesto su confianza entera el pueblo alemán.

Despidenos el capitán, pues ha llegado al límite de su acción. Acógenos un teniente, jefe de compañía, para guiarnos en la línea más avanzada. El foso es casi recto, interceptado de trecho en trecho por una saliente de la pared del frente o bien montones de sacos de tierra; la zanja rodea en estos casos la saliente o espaldón para asegurar la comunicación entre sí de las partes así divididas. 80 metros delante de nosotros atisban los franceses metidos en posiciones semejantes. Estas son visibles claramente desde las troneras de la trinchera. Inmediatamente delante de nuestro foso hay ramas de árboles, más adelante los obstáculos de alambres con púas. Allí hay también pozos de lobo, pero tan bien cubiertos que no se distinguen casi del resto de la superficie. En seguida se extiende una verde pradera, donde crece el césped y la grama a pesar del fuego y las balas, que el impulso creador de la naturaleza es mucho más poderoso que los medios todos de destrucción de que el hombre se sirve. Sobre las hojillas verdes cuajadas de gotas de rocío, brilla el sol. Esta es la «zona neutral». No porque en ella esté prohibido pelear (la noción de que un territorio neutral es aquel en que no se debe pelear ha desaparecido para siempre de la lengua del derecho internacional), sino porque al fin y al cabo no pertenece a ninguno de los dos beligerantes (*neutrum*—ni al uno, ni al otro). Limita en el fondo el verde prado, una fila de álamos, rectos, arrogantes, separados por trechos iguales, semejantes a avanzadas invencibles que el francés arroja frente al enemigo. A los pies de los álamos está cavada la trinchera francesa.

Los soldados están recargados sobre la pared delantera. Cada uno con el fusil encajado en la tronera. Por la abertura del escudo de acero, clavado en la tierra, pasa el cañón, dejando apenas espacio suficiente para que el ojo atento del soldado vea la trinchera enemiga. Sobresale una cabeza de la superficie del terreno, paff! una bala cruza el espacio rozando casi el suelo. Un herido—si no un muerto—más allá al frente. El tirador respira hondamente, retira el casquillo vacío, frótase los ojos duramente con la férrea mano. Y vuelve a su posición habitual.

Es una guerra de caza, en la cual cada uno hace, a un mismo tiempo, de cazador y de liebre. El cuadro le hubiera visto Hobbes para ilustración de su

teoría egoísta que resumió en la frase conocida: «el hombre es el lobo del hombre».

Después de pensarlo un minuto, vencido por la curiosidad, asomo la cabeza por sobre el filo del foso precipitadamente y la vuelvo a esconder enseguida, a la voz áspera de nuestro oficial. «No hay que llamar al diablo, porque el diablo acude», me dice. A pesar de todo, el deseo es muy fuerte, quisiera volver a sacarla. Pero antes de resolverme medito un instante y me digo, resignado, para mis adentros: «vale más no meneallo!»

Sácame de mi ensimismamiento un golpe corto, seco. Es el efecto de un proyectil del Lebel francés. Un hombre cae a mi lado, doblado sobre sí mismo, el Maüser fuertemente empuñado en las manos de acero. Agachámonos hacia el tocado. Es un mozo fuerte de la campaña bávara. Contará 20 años de edad. La bala le ha penetrado en la cabeza; sin embargo, no está muerto. Ha perdido el conocimiento. Un hilillo de sangre riela por bajo los cabellos al lado de la oreja. Ni un jay! de dolor, ni un quejido. Parece estar muerto. Otro soldado le ha reemplazado al instante, apretados los dientes, fiera la mirada. El le vengará. Vuelve la vista un momento hacia el caído, mírale apenas, tiernamente. Luego el gesto de su cara es más terrible y toma de nuevo la posición de ataque, fija la mirada en el agujero del escudo de acero, a lo largo del cañón del fusil.

Entre tanto han llegado dos camilleros. Colocan al herido sobre la camilla. Cogen los largueros, rasgando el suelo. Yérguense y veloces trotan unos veinte pasos en la zanja, para desaparecer por la derecha, rumbo al lugar de vendajes.

El teniente que nos acompaña, invítanos a tomar posesión de su habitación. Uno a uno nos vamos escurriendo por la «puerta», un boquete en la pared de la zanja. Como no cabemos dentro todos, lo hacemos por tandas. La habitación es modesta. Es casi cuadrada y tan alta como un hombre normal menos una cabeza y media. El piso y las paredes de tierra como la dió el terreno, no ostentan otro tapiz o alfombra que el de la humedad, donde brillan cristalinamente gotas de agua en la obscuridad del aposento, como tapete costoso bordado de diamantes. Ahora está muy seca y habitable, nos asegura nuestro huésped, pues en invierno era tal la humedad, que el agua que se filtraba por las paredes arrastrando tierra consigo, aumentó en un tercio las proporciones de la guarida. Es raro que esta vez esté húmeda; se debe a la lluvia de anoche. En el fondo un catre bastante más corto que quien en él duerme, a la derecha una mesita, a la izquierda una estufa, en el medio una silla. Sin pretensiones. Todo sencillo y lo más ligero que se encontró a la mano. La hospitalidad del subterráneo corresponde en todo grado con la simplicidad de la morada. Sin andarse con vueltas—a que no da lugar la exigüidad del espacio,—mete la mano bajo del catre y extrae dos botellas de vino francés. Bríndase rápidamente por el amable morador de la cueva y salimos para dar entrada a la tanda que sigue.—Un sub-oficial, quien en mejores tiempos hizo resonar su magnífica voz de barítono en la ópera real de Berlín, cantando óperas de Wagner y Puccini, y que ahora sólo la deja oír para ordenar fuego o marcha—con éxito mayor que en su estado pasado, según opinión de sus compañeros de

armas,—nos ofrece unos cigarros corpulentos. Aceptamos y, echando humo como unas chimeneas y de buen humor, como quien da un paseo vespertino «Unter den Linden», continuamos nuestra marcha lentamente.

XV

Del humo de la pólvora a la espuma del champagne

Entablamos conversación con algunos soldados en las trincheras. Uno de los corresponsales extrae de su bolsillo cigarros que les invita a aceptar. Dispuestos están a hacerlo, cuando uno de los soldados con ademán despreciativo, dice: «Aquí no se fuma cigarros americanos, mientras estallan bombas provenientes de América en ayuda de nuestros enemigos». Mi colega observa que son de nacionalidad holandesa. Con lo cual, entre risas y diatribas referentes a la mala calidad de la munición de Ultramar, acógense con gusto los tabacos holandeses.

Los fosos se van acercando aquí más y más a los del enemigo.

A treinta metros de nosotros están los franceses. Una granada de mano puede ser arrojada sin gran esfuerzo de una posición a la enemiga. Mientras permanecemos allí están nuestras vidas, por decirlo así, en un hilo. Los soldados alemanes están preparados con sus granadas de mano. Un poco hacia atrás están los lanza-minas, listos para arrojar sus bombas. No faltan tampoco cañones dispuestos a lanzar sus proyectiles. Por medio del periscopio divisamos perfectamente el campo adversario en sus menores detalles. Pero no se ve una sola cara humana. Nadie bulle en las trincheras francesas, aunque se puedan escuchar ruidos a las veces.

Pero la guerra no sólo se hace por arriba. También, y muy activamente, por debajo de los fosos mismos. Aquí hase practicado una galería de minas. Entramos en ella. Lleva doce metros de profundidad. Hay que andarse con muchas precauciones al cavar, porque el enemigo podría descubrirla y neutralizarla o anularla por medio de una contragalería.

A poco nos sorprende un olor penetrante de manteca o sebo rancios, de organismos en descomposición. ¿De dónde proviene? No puedo dar con su origen. Pregunto si hay en la trinchera algún muerto. El oficial, sin contestarme, me obliga a ver por sobre la trinchera. Entre ésta y la enemiga, cerca de la zona neutral, yacen hasta unos doce cuerpos, tendidos en diversas posiciones. De los vestidos se desprende que eran turcos y zuavos. El mayor extiende la mano y los señala. Luego añade: «No es nada raro; los franceses son muy indolentes, así abandonan a sus muertos sin recogerlos o sepultarlos, hasta meses enteros».

Clavada la mirada sobre los restos en descomposición de aquellos infelices para quienes no existe misericordia, para quienes no es una realidad ni la tranquilidad de la muerte, turbada como es muy a menudo por la explosión de una granada haciéndolos cambiar de posición, levántanse ante mi vista las imágenes de largos velos negros de una turba de mujeres de todas edades, demacradas las caras, rojos de llorar los ojos desencajados, unidas las manos so-

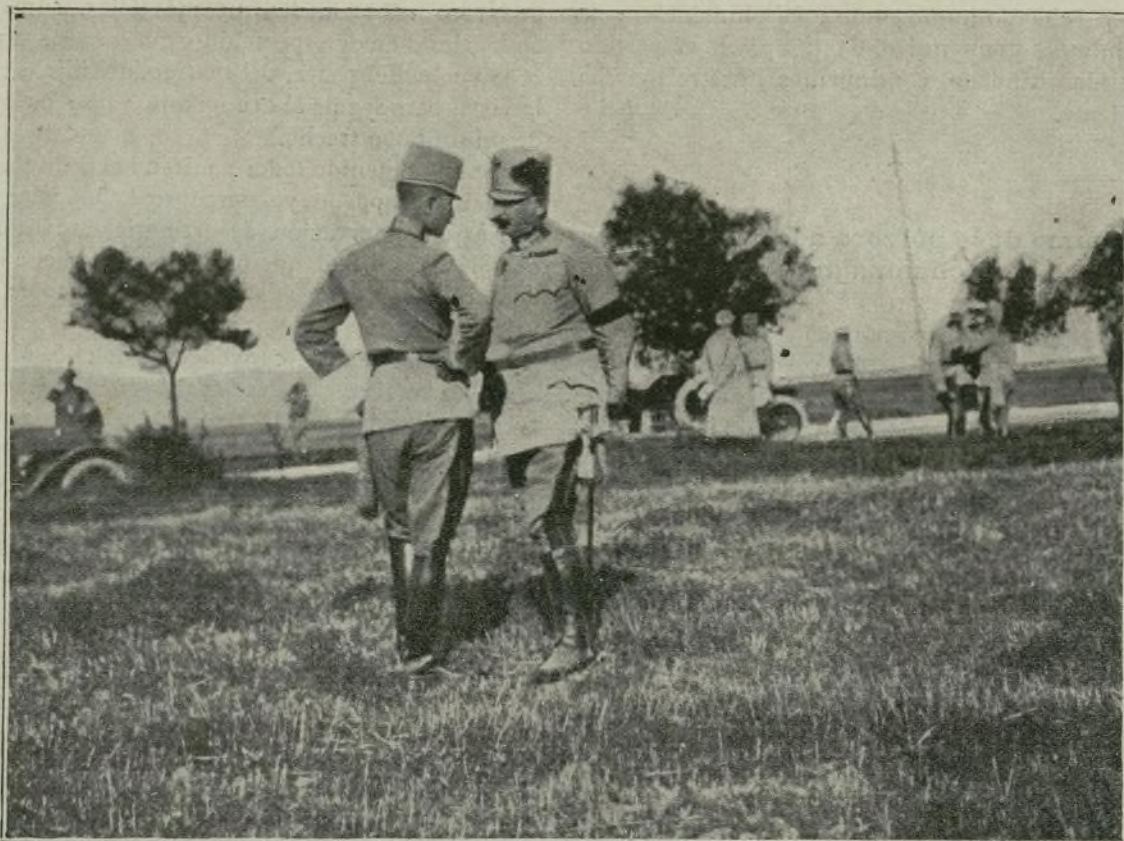
bre el pecho; imágenes de luto y de dolor, símbolos de las madres y amadas que más lejos, sumergidas en lágrimas de desesperación, aguardan sin esperanza la vuelta del padre, del marido, del hijo... Separo la vista, para seguir al grupo que ya se ha alejado de mí un buen trecho.

Se han detenido todos y miran hacia un punto en el cual nada puedo yo descubrir. ¿Qué ven? Es un puesto de observación de artillería, me informa el oficial. Más difícil que para mí, es para el enemigo descubrirle. ¡A 40 metros de éste un puesto de observación de artillería! Increíble parecióme, si la realidad misma no me convenciera de ello. Más lejos están las baterías que desde aquí son dirigidas en su acción. Especialmente, se observa desde aquí con gran precisión si el tiro fué demasiado «largo» o demasiado «corto», si el estallido acaeció a la «altura tipo», etc. El teléfono funciona constantemente entre el puesto y las baterías. Desgraciadamente la visita del puesto mismo nos está vedada, pues correría peligro de ser descubierto, lo cual significaría una pérdida inmensa.

Hemos recorrido algunos kilómetros de trincheras. Hemos observado de cerca todos los aspectos que presentan las posiciones modernas. Nos consideramos conformes y satisfechos de nuestra visita. Tanto más, cuanto que después de 8 horas de andar y más de 9 de no tomar nada, nos sentimos fatigados y hambrientos. Decidimos volver a nuestros automóviles, para lo cual hay que atravesar de nuevo las trincheras. Los mismos cuadros vuelven a desarrollarse ante mis ojos. Sobre todo admírame la decisión y seguridad de los soldados. Lejos de ser los autómatas que quieren hacer de ellos muchos que sólo los conocen por el compás infalible de su marcha, son los soldados alemanes los esclavos conscientes de un deber, que entienden, conocen y saben apreciar en su justo valor. Cada uno de ellos está impregnado de amor por su patria, y costumbre y razón les han enseñado que la mejor manera de servirla consiste en la obediencia incondicional hacia sus superiores, tanto en la paz como en la guerra. El grado de ilustración del pueblo alemán es conocido. De ahí que comprendan siempre el fin a que cada medida se dirige. De ahí su superioridad incontestable sobre otros ejércitos, cualquiera que sea el grado de disciplina que en éstos reine. Del soldado alemán no requiere el superior esfuerzos inútiles y penas fuera de tiempo; lo cual dobla sus facultades en la hora precisa.

La comunidad de pensamientos y la cercanía de grado de las potencias intelectuales entre los mandantes y subordinados facilita y determina una aproximación real y efectiva entre ambos. Sólo quien ha tenido ocasión de ver de cerca la familiaridad y comunicación mútua que existe entre jefes y soldados en el ejército alemán, puede tener una idea completa de la realidad. Infinidad de ejemplos al efecto pudiera estampar aquí, si no me lo impidiera la escasez de tiempo y de lugar.

Razón sobrada tenía el mayor al asegurarme que todo esfuerzo del francés por romper su línea fracasaría irremisiblemente. Pues las fuertes trincheras, armadas de los medios más modernos que la ciencia presta, son defendidas por seres pensantes, conscientes de sus actos y decididos por la fuerza de la razón



El generalísimo austriaco Bohm-Ermolli (a la derecha) comandante en jefe de uno de los ejércitos del Este



Cura de urgencia a un herido austriaco, cerca de la línea de fuego



Niñas de la Polonia rusa, recibiendo su ración de comida de una cocina alemana de campaña



Entrada de tropas alemanas en Przemysl, el 3 de junio

a defender hasta el último aliento de vida una patria grande de que se saben hijos.

En animada conversación con el Capitán que va conmigo caminamos deprisa. Mi acompañante se inclina a cada tres pasos y escarba con la mano el suelo. Déjole hacer esto un buen rato. Mas como la acción se repite sin tregua, quiero informarme de lo que hace. «Recoger balines, casquillos y demás objetos utilizables», me contesta. Con tal minuciosidad lo hace que no deja pasar ni el menor pedazo de cascos de granadas. Y todo lo deposita en sus bolsillos, los cuales se han llenado e inflado tanto que más parecen alforjas pesadas. La práctica le ha afinado los sentidos. A 6 u 8 metros de distancia ve una bala media hundida en la tierra! Y la recoge....

Recogiendo casquillos, llegamos, al fin, al punto deseado. Tomamos los autos como por asalto. A toda velocidad corremos por sobre las planas y anchas carreteras francesas, maravillosamente cuidadas. En el pueblo X, abandonamos los vehículos en la plaza. El mayor va a cambiar de uniforme y pocos minutos más tarde reúnese de nuevo a nosotros para conducirnos al Casino de Oficiales donde hemos de almorzar. A la puerta del Casino nos espera el Estado Mayor del I Cuerpo de Ejército bávaro. Después de un cordial recibimiento, somos conducidos a la mesa, a los acordes de la orquesta que toca la marcha «Kaiser Wilhem, un der Steuermandf».

La comida no es tan sencilla como las que hemos gozado hasta aquí durante nuestro viaje. Que hoy hay huéspedes y los bávaros son en extremo hospitalarios. Además se trata de un acontecimiento. Un acontecimiento es aquí la vista de gentes en civil.

Sopa clara con verduras.

Rodaballo con salsa holandesa y patatas.

Lomo asado guarnecido.

Helados a la Nesselrode.

Vinos del Rhin y del Somme. Cerveza de Munich. Champagne. Tal es el Ménú. Y tal el hambre que tenemos, que apenas si se habla antes del lomito. En lo sucesivo, en cambio, se desarrolla la conversación en todos sentidos. El espíritu comunicativo y franco de los bávaros presta agradablemente su ayuda y los vapores del champagne unen sus efectos. De la guerra se trata como de suceso lejano y se cuentan anécdotas de ella, si bien patéticas, con el tono de notas curiosas de un viaje lleno de peripecias, después de llegar a buen puerto.

La orquesta toca obras de Wagner y Gounod.

Para mi buena suerte, encuentro en la compañía quien hable español. S. A. Adalberto, hijo de la Infanta doña Paz, quien está casado con una princesa de Baviera, encuéntrase entre nosotros. Hablamos, naturalmente, de España y de su neutralidad, de que seguramente no saldrá. El es sencillo y muy amable y produce en mí una impresión favorable y elevada.

De sobremesa vuelve la conversación a las maniobras militares en el frente y, en especial, a cuanto hemos visto durante la mañana. He aprendido mucho y estoy muy contento de haber aprovechado el día tan bien. La sobremesa ha durado largo tiempo. Al fin, nos retiramos agradecidos de la acogida en todo extremo bondadosa que se nos ha otorgado. Cada cual se dirige a su alojamiento, completamente abstraído en la consideración de las

mil impresiones de tan diversas naturalezas que ha tenido en este día importante de su vida, que nunca jamás olvidará.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Un rompecabezas

(El señor B).—¡Qué ensimismado está V., don Subrio! ¿No tiene V. ganas de conversar?

—Estaba meditando sobre un problema que debe ser muy fácil, pero cuya resolución no se me alcanza por más vueltas que le doy.

(El señor A).—¿Vuelve V. a sus matemáticas? Si no hemos de ocuparnos en la guerra, me voy.

—¡Tiene V. razón, señor A! Ya que la guerra nos produce tantos trastornos y daños ¿qué menos que desquitarnos tomándola por el lado risible de sus informadores? Es el caso que mi problema tampoco lo han sabido desentrañar los alemanes.

(El señor A).—Me tranquilizo y me quedo. Veamos de qué se trata.

—De lo siguiente: un malhechor se ha refugiado en una casa y ha atrancado la puerta; hay otra puerta trasera, a la que la policía no puede llegar, y por allí el tunante recibe provisiones y cartuchos. ¿Qué harían ustedes para aprehenderlo o, por lo menos, echarlo de su refugio?

(El señor B).—¡Derribar la puerta y asaltar la casa!

—¡Vaya una gracia! La cuestión es apresarle, sin entrar en el edificio.

(El señor A).—¿Ni por los aires, ni por la mina, ni...?

—¡De ningún modo! No se puede entrar, y hay que pillar al bribón.

(El señor B).—¡Caramba, si no lo dice V. en broma, es un problema bonito, pero difícil!

(El señor A).—A mí me parece sencillamente imposible.

—He pensado en un imán poderoso y he desistido; he pensado en los gases asfixiantes; la destrucción de Lovaina no era del caso; tampoco cabía la catedral de Reims....

(El señor B).—Eso ¿es un problema o una guasa?

—Es un problema británico. He acudido al secreto de Lord Kitchener, sin resultado; tampoco he sido afortunado aplicando los artículos de Barrés; también he fracasado llamando en mi ayuda a los polígrafos; la civilización, la libertad y el derecho, no me han sido más útiles; la victoria final, menos aún; tampoco la heroica resistencia de Lieja....

(El señor A).—Desvaría V., don Subrio. ¿Se le han derretido los sesos?

—Cuando ustedes han llegado, me parecía haber encontrado la solución.

(El señor B).—¿Cuál? Estoy viendo que será jocosa y bufa. ¿En qué consistía?

—En agarrar un garrote y correr....

(Los señores A y B).—Pero ¿no dice V. que no se puede entrar en la casa? ¿Qué conseguirá V. con blandir un garrote? ¿Se pondrá V. en ridículo!

—Es lo que yo me decía: se pondrá, se ha puesto

ya en ridículo. Mas, no me han entendido ustedes. Lo que yo iba a decir es que empuñaría un garrote y me lanzaría detrás del facineroso; se desmayaría y yo... tan contento.

(El señor B).—¡Ja, Ja! Se puede departir con V., don Subrio, a pesar de sus ideas equivocadas; por las extravagancias y salidas que tiene.

—Una aplicación del problema. ¿Se acuerdan ustedes de aquellos anarquistas que se encerraron en una casa de Londres y ni a tiros querían salir? ¡No hace de esto mucho tiempo! ¿No lo recuerdan ustedes?

(El señor A).—¡Sí, en efecto! ¿Conque el malhechor del problema era un anarquista?

—¡Ni pensarlo! ¿Qué hicieron entonces las autoridades británicas?

(El señor B).—Peligraba el derecho y la libertad pública, y no vacilaron: sacaron la artillería a la calle y derribaron la casa a cañonazos. ¿Lo censurará usted?

—Lo aplaudo de todo corazón. De modo, que echaron abajo la puerta...

(El señor B).—La puerta y la casa, y luego entró la policía en las ruinas.

—¡Muy bien! Y V., señor A., ¿podría decirme cómo obraron los franceses cuando los restos de aquella tristemente célebre banda de criminales se refugiaron en una casita de los arrabales de París?

(El señor A).—Volar la construcción, arrasarla. ¿Le parece a V. mal?

—¡Perfectamente! Quedamos en que, tanto en Francia como en Inglaterra, cuando un facineroso no quiere salir de su guarida, se le destruye ésta. ¿Es así?

(Los señores A y B).—No hay ni se conoce otra manera de prender al delincuente, en circunstancias tan excepcionales como aquellas.

—Y, en los demás países ¿qué método se debe aplicar?

(El señor B).—¿Qué tienen que ver esas divagaciones con el problema, don Subrio?

—¡Paciencia, señor B, y respóndame! No pierda usted la flema de sus amigos.

(El señor B).—¡Canastos! ¡Claro está que aquel procedimiento no es patrimonio de nadie, y que cualquiera debe apelar a él si la ocasión se repite!

—Pues vea V. lo que son las cosas: ahora un inglés ha inventado otro medio, el que se refería al problema que ocupaba mi atención. Me intrigaba tanto, que pensaba acudir al Gran Duque ¡allá en el Cáucaso! para que me ayudara, pero he pensado que el Gran Duque lo había resuelto ya.

(El señor A).—Posee V. el arte de despertar la curiosidad y la impaciencia, y luego... concluir con una inocentada.

—¡Si son tan inocentes y tan cándidos los ingleses! Porque a ellos se debe el rompecabezas. Yo no hago más que servirme de sus inventos para que esta vida no se me haga tan triste.

(El señor B).—No le diga V. nada, señor A; hasta que se le antoje, no desembuchará.

—¡Oh! ¡si desembucharan sus amigos, cuán ricos nos haríamos!

(El señor B).—¡Sí! Y el problema ¡que lo parta un rayo! Si es que hay tal problema.

—No quiero que padezca V. más. ¡Un hombre

tan bueno, y que ciertos libracos le hayan extraviado el juicio...! ¡No, no! Reprímase V. y lo sabrá todo. El protagonista no es un malhechor, ni siquiera un hombre, sino—ahora hablando en serio—un guerrero esforzado, un ejército excelente, al que yo tributo mi respeto y mi admiración y al que compadezco por su desgracia; ha sido vencido, porque alguien tenía que serlo, pero ha caído con gloria y merece la simpatía universal, la mía en primer término, porque ha luchado como bueno y como bravo: ¡el ejército ruso!

(El señor A).—Cuantos elogios se le prodiguen, serán pocos; todos los merece.

—Me complazco en reconocerlo así, y lo he dicho antes que ustedes. Pues bien, como ustedes saben, el ejército ruso estaba apoyado y resguardado por la serie de fortalezas que partiendo de Kovno terminaban en Ivangorod. Para derrotarlo ¿qué es lo primero que tenían que hacer los alemanes?

(El señor B).—¡No hay duda! ¡Apoderarse de las plazas fuertes!

—Y para coger prisionero a alguno de los ejércitos del Gran Duque Nicolás ¿por dónde debía comenzarse? ¿No había que rematar alguna labor preliminar?

(El señor B).—Lo he dicho ya: ¡conquistar los puntos fortificados!

—Rectifico lo de antes: tiene V. el juicio perfectamente sano, pero se ha equivocado V. Cabalmente, este es el problema: los alemanes debieran haber cogido y apresado a los ejércitos rusos y prescindir de las fortalezas que los protegían.

(El señor B).—¡Qué disparate! ¿Quién se ha atrevido a sostener semejante enormidad? ¡Será algún estratega de menor cuantía, y me sorprende, don Subrio, que nos haya V. hecho perder el tiempo con una frescura de tal calibre! ¡Diga V.! ¿Quién es el autor de ese bromazo? ¿Algún japonés?

—¡Como V. quiera! ¡El coronel Repington!

(El señor B se marchó sin despedirse, dejando olvidado el sombrero).

SUBRIO ESCÁPULA

UN LLAMAMIENTO APREMIANTE DE LLOYD GEORGE

Se ha publicado recientemente en Londres un volumen conteniendo los discursos pronunciados por mister Lloyd George sobre la necesidad del trabajo en las fábricas de municiones. Dicho ilustre hombre público, tal vez la personalidad más saliente del Gobierno británico y uno de los estadistas más eminentes de Inglaterra, lo ha encabezado con un prefacio que reza así:

Al cabo de doce meses de guerra, mi convicción está más arraigada que nunca: nuestro país no puede desentenderse de aquella, a menos de poner en peligro su seguridad y lesionar su honor. No debíamos haber permanecido cínicamente con los brazos cruzados mientras nuestra comarca, a la que hemos prometido defender, estaba siendo destrozada y maltratada por uno de nuestros propios *co-trustees* (sic). Si las mujeres y los niños británicos son bru-

talmente destruidos en alta mar por los submarinos alemanes, lo menos que debíamos hacer es demandar del Imperio infanticida una grave reparación. Todo lo que ha acontecido desde la declaración de la guerra ha demostrado con claridad que un sistema militar tan desprovisto de buena fe, de obligaciones honorables, y de los elementales impulsos de humanidad, constituía una amenaza del más siniestro carácter para la civilización; y a despecho del terrible coste de suprimirle, la conveniencia de la humanidad exige que tal sistema sea retado y destruido. El hecho de que los sucesos han demostrado que el poderío de este engranaje militar ha excedido a los más tristes presagios, es otro argumento para su destrucción. Cuando mayor es el poder, más grande es su amenaza.

Los retrógrados incidentes de la guerra no han debilitado mi fe en la victoria final, siempre que las naciones aliadas no empeñen toda su fuerza demasiado tarde. De otro modo, llegaremos a la derrota. Los países aliados tienen una abrumadora superioridad en las primeras materias necesarias para formar y equipar los ejércitos, tanto en hombres como en dinero y en los diversos metales de la maquinaria. Pero este material ha de ser movilizado y utilizado. Sería necio pretender que en los doce primeros meses de guerra se ha llevado a cabo satisfactoriamente esta labor. Si a su debido tiempo los aliados hubieran comprendido toda la fuerza de sus temibles y bien dotados enemigos; más todavía, si se hubieran dado cuenta de su propia fuerza y recursos, y apresurándose a organizarlos, hoy viéramos el triunfal espectáculo de sus cañones derramando una lluvia de proyectiles y granadas, que habrían anegado las trincheras alemanas con fuego y arrojado las legiones alemanas más allá de sus fronteras.

¿Cuál es la situación actual? Perfectamente sabido es que los alemanes, y cualquiera en otro país, beligerante o neutral, que lea con inteligencia las noticias de la guerra, comprende muy bien lo que sucede. Con los recursos de la Gran Bretaña, Francia y Rusia—¡sí, de todo el mundo industrial!—a disposición de los aliados, es obvio que las potencias centrales poseen una inmensa superioridad en todo lo que concierne a equipo y material de guerra. El resultado de este hecho deplorable es exactamente el previsto. La planta de hierro de Alemania se ha hundido más profundamente que nunca en el suelo francés y belga. Polonia es enteramente alemana; Lituania sigue rápidamente la misma suerte. Las fortalezas rusas, que parecían inexpugnables, caen como castillos de naipes ante la ola irresistible de la invasión teutónica. ¿Cuándo retrocederá esa ola? ¿Cuándo se detendrá? Tan pronto como los aliados dispongan con abundancia de material de guerra. Por eso tengo que recordar hechos desagradables; porque deseo que mis conciudadanos se convenzan de reunir sus fuerzas para que varíe la situación. Insistir en esos hechos es la más triste labor que puede recaer sobre un hombre público. De aquí que el hombre público que los oculta o no procura que los demás los vean, se hace culpable de alta traición al Estado que ha jurado servir.

Hubo una gran debilitación en todas las naciones aliadas, y se realizan prodigiosos esfuerzos para equipar a los ejércitos en campaña. Sé lo que hacemos;

nuestros trabajos son sin duda inmensos. Pero ¿podemos hacer más, en hombres y material? Sólo cuando lleguemos al límite estaremos en la meta. ¿Estamos fortaleciendo todos los nervios para recuperar el tiempo perdido? ¿Estamos en camino de poner en la línea de fuego, el año próximo, todos los hombres que necesitamos para defender nuestros intereses? ¿Hace cada cual lo que debe, bien combatiendo o proveyendo de materias, comprende con claridad que la ruina será la consecuencia del descuido? ¿Cuántos, entre nosotros, advierten la plena significación de la retirada rusa?

Durante doce meses y a despecho de deficiencias en equipo, Rusia ha absorbido las energías de la mitad de los alemanes y de los cuatro quintos de los austriacos. Rusia ha pagado su contribución, y ¡qué heroica contribución!, en la lucha por la libertad de Europa, y ¿se sabe que no podemos esperar, por muchos meses, la misma ayuda activa de los ejércitos rusos que la que hemos recibido hasta aquí? ¿Quién ocupará el lugar de Rusia en el combate, mientras aquellos ejércitos no vuelvan a equiparse? ¿Quién soportará el peso que hasta ahora ha recaído sobre las espaldas rusas? Francia no debe esperarse que asuma mucha mayor carga que la que sostiene con tan tranquilo valor que ha asombrado y conmovido al mundo. Italia está poniendo su fuerza en el combate. ¿Quién puede hacer más? Únicamente Britania. ¿Está preparada Britania para llenar el claro producido por la retirada rusa? ¿Está plenamente preparada para hacer frente a todas las eventualidades de los próximos meses, en el oeste, sin olvidar el este? Las libertades de Europa durante muchas generaciones, dependen de la respuesta que den el Gobierno, los empleados, obreros, financieros, jóvenes en disposición de empuñar las armas, mujeres capaces de trabajar en los talleres, en una palabra, todo el pueblo de esta gran nación.

Un perspicaz y sagaz observador me dijo el otro día que, a su juicio, de lo que hiciera nuestro país en los próximos tres meses, dependería la suerte de la guerra. Si no podemos hacer en nuestras fábricas y talleres las labores adecuadas para abastecer a nuestros ejércitos, porque nos está vedado faltar a los reglamentos aplicables en tiempo normal; si se mantienen las prácticas que restringen la fabricación del material de guerra; si la nación vacila, cuando la necesidad es clara, en tomar las medidas necesarias, para valerse de su virilidad en defensa del honor y la existencia; si las decisiones vitales se aplazan para cuando sea demasiado tarde; si despreciamos el disponer al pueblo para todas las eventualidades probables; si, en resumen, damos motivo para que se nos acuse de que marchamos al desastre con la misma tranquilidad que antes seguíamos la senda de la paz, sin enemigo a la vista; entonces, yo no veo esperanza; pero si sacrificamos cuanto poseemos y valemos por nuestro país natal; si nuestros preparativos se caracterizan por la resolución, la firmeza, y una pronta acción en todas las esferas, entonces, la victoria es segura.

RECUERDOS DEL GRAN DUQUE

Los términos del ukás imperial, por el que se nombró, el 3 de agosto de 1914, al Gran Duque Ni-

colás, comandante en jefe de todos los ejércitos rusos de tierra y mar, daban a entender claramente que el nombramiento era «para el presente» hasta que el Czar mismo creyera conveniente asumir el mando en jefe. Este momento acaba de presentarse.

Los recuerdos de los trece meses, durante los cuales Nicolás Nicolaievitch ha dirigido los ejércitos rusos en campaña, ocuparán mucho sitio en la historia. Desde la primera algar de caballería en la Prusia oriental hasta la batalla de Tannenberg; desde la caída de Lemberg, Przemyśl y las fortalezas de Galizia (1) hasta los combates por la dominación de las cumbres de los Cárpatos; desde el Dunajec al Duina, donde hoy se encuentran los ejércitos rusos del Norte, la fuerza impulsora de la línea que fluctuaba ha sido la férrea voluntad del comandante en jefe.

De complexión hercúlea, «N. N.», como le llamaban sus soldados, ha demostrado una capacidad maravillosa para estar en todas partes a un mismo tiempo y siempre en el punto amenazado. Su elevada estatura le daba un aspecto imponente. Pero era algo más que eso. Simultáneamente con sus esfuerzos de muchos años para promover el engrandecimiento militar de su país, secundó con ardor el movimiento de templanza iniciado por el Czar, que facilitó el que Rusia se lanzara a la guerra serena y sin miedo.

Desde aquel día, el soldado ruso ha sido bien alimentado, bien vestido y bien equipado en todos conceptos para resistir los rigores de esta campaña, extraordinariamente áspera. La solicitud por las tropas, ha engendrado en éstas el sentimiento de confianza; confianza que, con su indomable espíritu,

(1) Ni antes ni después de la invasión rusa, ha habido ni hay en Galizia otras fortalezas que Przemyśl y Cracovia, que nunca ha estado en poder de los rusos. (Nota de la R.)

hace comprender a los alemanes—a pesar de que la máquina ha sido rota en parte—que hombres como el Grande Duque y sus generales son algo más que una máquina. Severo para consigo mismo, el Gran Duque no ha tolerado faltas de cobardía ni de incompetencia. Lo viciado ha sido cortado de cuajo sin piedad, por elevada que fuese la graduación del inculcado. Por encima de todo, la sencillez y la falta de ostentación han sido los rasgos distintivos de cuanto se ha hecho en nombre del Gran Duque.

La guerra ha sido la consagración del trabajo de toda su vida. Nadie ha hecho tanto por el ejército ruso como N. N. Año tras año, en las maniobras de otoño, a la cabeza de las tropas del distrito de Petrogrado, del que era comandante en jefe, fomentó el progreso militar, y en varios rescriptos imperiales se le dieron las gracias por sus fructíferos trabajos. Como antiguo coronel de los húsares de la Guardia, tuvo especial orgullo en hacer eficiente a la caballería. Los extranjeros a quienes se concedió el privilegio de presenciar las revistas en Krasnoe Selo, en los últimos años, quedaron muy bien impresionados, no sólo de la Guardia, sino de todos los regimientos de caballería.

Esta caballería no se dedicó solamente a fáciles y teatrales ejercicios de paz. En el nuevo Reglamento para el servicio en campaña, se incluyeron los más apremiantes artículos para despertar la iniciativa en los ginetes; no se prescindió de ningún medio ni ocasión para promover el espíritu de emulación. La gimnasia, las prácticas a caballo en pleno campo, todos los linajes de juegos físicos y atléticos, fueron alentados. Los principios de la nueva era se resumieron en un más estricto código del honor y un menor individualismo; el buen temple de las almas, desde que la guerra estalló, ha hecho lo demás.

(De *The Times*).

CRONICA MILITAR

I. Los grandes objetivos estratégicos del frente oriental —II. Las operaciones en el teatro oriental.—III. La situación el 25 de septiembre

I.—Los grandes objetivos estratégicos del frente oriental

Hay en todo teatro de operaciones uno, dos o más puntos—siempre pocos—que se denominan objetivos o puntos estratégicos, y que son importantes por sí mismos, independientemente de la situación y movimientos de las tropas; es tal, sin embargo, el papel que desempeñan en la guerra, que los ejércitos no pueden desentenderse de ellos, y a menudo las más interesantes maniobras giran a su alrededor.

La primera condición que han de reunir es la de ser nudos de comunicaciones naturales y artificiales; cuanto más numerosas sean las arterias y mejor enlacen con los centros vitales del país, tanto mayor es su importancia. Se requiere además, para que tengan singular relieve sobre todos los otros, que allí se concentre la vida industrial y agrícola de una gran región; que sean cabezas de considerables núcleos de población; que ofrezcan abundantes y fáciles

los recursos de todas clases; y si, sobre esto, es tal la topografía del territorio que quien domine tales puntos tenga el camino expedito para apoderarse sin grandes dificultades de una zona extensa, cumplen los requisitos indispensables para ser llamados grandes objetivos estratégicos. Como su abandono implica un grave daño y su conquista allana la victoria final, los dos ejércitos, el defensor y el atacante, los emplean como ejes de maniobra y las grandes batallas suelen tener lugar como consecuencia de las combinaciones que se ejecutan para conservarlos o dominarlos.

Aparte de los principales objetivos, hay otros de segundo y tercer orden, cuyos nombres se repiten invariablemente en todas las guerras, pero que no desempeñan, sino ocasionalmente y por notoria torpeza de uno de los dos bandos, un papel decisivo. Siempre están supeditados a los primeros.

En el frente oriental, había para los austro-alemanes dos grandes puntos estratégicos: Varsovia, en

primer término, que a las circunstancias enumeradas reunía la de ser capital de Polonia y formidable plaza fuerte; y Vilna, centro de unión y enlace inmejorable entre el centro y el Norte de Rusia, para todo invasor que proceda del oeste. No por casualidad, sino por ley inevitable, se han librado extraordinarias batallas por la posesión de ambas ciudades, y el observador que gusta de encadenar los acontecimientos e indagar su finalidad, habrá advertido que muchos y sangrientos combates que se desarrollaban lejos y aun en direcciones opuestas a Varsovia, se enderezaban a la conquista de ella. Toda la campaña de Galizia, hasta la toma de Lemberg, se desenvolvió teniendo el alto mando alemán fijas sus miradas en Varsovia, y al mismo fin concurren las tenaces luchas entre el Vístula y el Bug y los golpes a la línea fortificada del Narev. Se peleó cerca de un año por Varsovia, y, no obstante, no se trabó verdadera batalla en los alrededores de la capital. Cabe decir que Varsovia sintetiza la ofensiva alemana desde primeros de noviembre de 1914 a primeros de agosto pasado.

De igual manera, los interminables encuentros y maniobras de Curlandia, la empeñadísima lucha al E. de Grodno, en el Niemen, y los movimientos del príncipe Leopoldo de Baviera y de Mackensen, tendían al mismo fin: la posesión de Vilna. Es tan extraordinaria la importancia de esta plaza, que a pesar de haber apuntado a ella los alemanes, hace largos meses; a pesar de haber buscado el éxito y el resultado apelando únicamente a la estrategia, al fin tuvieron que decidirse a la acción táctica en un vastísimo frente y con fuerzas inmensas. Los rusos, que hasta última hora no comprendieron que el objetivo alemán era Varsovia, y que descuidaron su seguridad, no incurrieron en la misma falta, sin duda aleccionados por la derrota, al tratarse de Vilna. Muchísimo antes de que este nombre apareciera en los partes oficiales, el Gran Duque llevó allá la mayor masa de sus tropas, y ordenó que las retaguardias extremaran la resistencia, para dar tiempo a que los trenes llevaran hombres y material, de los ejércitos ya batidos, a la región de Vilna. Esta vez fué más sagaz que en el primer período de la guerra; el resultado ha sido, que el segundo grande objetivo cuesta a los alemanes más sacrificios que el otro, pese a la circunstancia, ventajosísima para ellos, de haber sido derrotado el ejército ruso con anterioridad a las maniobras contra Vilna.

II.—Las operaciones en el teatro oriental

Si el detalle de la maniobra que están desarrollando los alemanes no puede seguirse, porque se desconoce la situación y composición exacta de los ejércitos de las dos naciones, no acontece lo mismo en lo que atañe a las operaciones consideradas en conjunto.

Amenazando en el S., los alemanes dirigían el esfuerzo principal por el N., para separar el centro ruso—el más fuerte—del ala derecha, y arrojarlo al interior del Imperio, de suerte que las provincias del Báltico y las del S. quedaran abiertas a la invasión austro-alemana. Dándose cuenta del peligro, el Gran Duque, cuando ya había sido derrotado en todo el frente, movió la porción mayor de sus ma-

sas hacia el N., reuniéndolas en la región de Vilna, para tener en sus manos las comunicaciones que habían de permitirle proteger las provincias bálticas o contener el avance sobre Minsk, según cual fuera el objetivo alemán. Dueño de las líneas interiores, llevó sus masas al nuevo teatro con mayor rapidez que los alemanes, obligados a marchar por la periferia, y se dispuso a contener la nueva ofensiva del enemigo. En este estado la situación, asumió el mando el Czar, encargándose el general Alexeiev de la dirección efectiva de las operaciones.

En la apariencia, los rusos podían adoptar dos partidos: 1.º replegarse al interior, con preferencia al N. E., para romper el contacto con los alemanes y poner término a la invasión, que no tendría finalidad militar desde el punto en que el invasor perdiera la esperanza de reñir una batalla decisiva; 2.º continuar desde luego la retirada, antes de que el adversario hubiera llevado sus masas al N. del Niemen. Esta combinación era, a todas luces, la más acertada, la única que podía salvar a Rusia de una derrota total, pero resultaba de imposible ejecución. En efecto, apretando los alemanes en todo el frente desde el Pripet al Niemen, forzoso fué contenerlos para dar tiempo al transporte del resto de las tropas al sector de Vilna, y este transporte, efectuado a corta distancia del frente de batalla, no pudo hacerse con la conveniente rapidez y desembarazo. Al mismo tiempo, hubo necesidad de sostenerse en Vilna, en espera de que se efectuase la reunión de fuerzas; de lo contrario, la ruptura de la línea fuera un hecho y quedarán separados el centro y la derecha. En estas condiciones, debía esperarse que los alemanes tendrían ocasión de moverse a su vez al N. del Niemen, y buscar allí una decisión táctica. Era tan claro todo esto, que lo anuncié en la *Crónica* del día 13, añadiendo que la batalla se empeñaría entre un punto algo al N. de Vilna y el Niemen.

Persiguiendo la realización de su plan, los alemanes inclinaron al N. E. la dirección de marcha de los tres grupos de ejércitos de Hindenburg, el príncipe Leopoldo de Baviera y Mackensen. Von Below tomó como objetivo el Duina, entre Dvinsk y Riga, a su derecha, toda la caballería cerró el claro entre Dvinsk y el Vilia. Von Eichorn avanzó de frente sobre Vilna, desde Kovno; y desde Grodno rompieron hacia el N. E. los ejércitos de Scholtz y Gallvitz. Leopoldo y Mackensen aumentaron todavía más la presión que ejercían contra los rusos. Estos continuaban siempre en la región de Vilna, hay que creer que obligados por las circunstancias y no porque tuvieran esperanza de obtener un éxito.

Puestos en línea Eichorn, Gallvitz y Scholtz, comenzó la maniobra tanto tiempo anhelada. La caballería rompió el frente ruso al N. de Vilna, y como torrente desbordado se derramó al E., amenazando la vía férrea de Minsk, arteria capital de retirada. La izquierda de Eichorn se apoyó en el Vilia, envolvió Vilna por el N. y llegó a la expresada vía férrea, a la vez que Gallvitz y Scholtz atacaban las posiciones de Lida. Formóse de esta manera un anillo, abierto en un tercio de su perímetro, alrededor del ejército ruso principal. ¿Era la batalla decisiva? En busca de ella iban los alemanes, pero a última hora su adversario escapó por el portillo aún disponible, gracias a la heroica resistencia de sus retaguardias. Esto ocu-

rrió del día 19 al 21. Seis días antes, el choque táctico hubiera sido inevitable y Rusia habría recibido el tiro de gracia. El 19, había pasado el momento crítico; por más esfuerzos que Scholtz y Gallvitz hicieron para apresurar su movimiento, llegaron tarde. De consiguiente, en el concepto táctico la maniobra alemana no ha tenido los resultados que probablemente se esperaban de ella. ¿Quiere decir esto, que ha fracasado?

La toma de Vilna, aunque tardía, tiene extraordinaria importancia, pero su interés desaparece ante la nueva situación que se ha creado. En retirada el ejército ruso principal, y acosado por tres lados, cualquier torpeza en los movimientos o un incidente imprevisto puede obligarle a detenerse y admitir la batalla que rehuye hace mes y medio; y no disponiendo a retaguardia de una línea buena y segura de comunicación, una derrota se trocaría fácilmente en desastre. Pero los rusos, que tan poca habilidad han demostrado en la ofensiva, son maestros en las retiradas, como he dicho varias veces, y no ciertamente porque desarrollen combinaciones de mérito, sino porque lo esencial en las retiradas es que las retaguardias se sostengan con firmeza contra un vencedor necesariamente fatigado y desorganizado por el combate, y las tropas rusas sobresalen por su cohesión y solidez, a prueba de reveses; de aquí que no tenga nada de extraño que el ejército de Alexeiev se libre del peligro mayor a que haya estado expuesto desde el principio de la guerra. Sin embargo, la herida mortal en el campo de la estrategia la ha recibido ya, es un hecho consumado.

Suponiendo que las tropas del Czar lleguen incólumes a Minsk, donde se encuentra su única salvación, o se detienen allí para recibir en malas condiciones el ataque de sus adversarios y proseguir por la fuerza su retroceso, o sin hacer alto prosiguen la retirada. Tanto en un caso como en el otro, roto ha quedado su enlace con el ala derecha, y se impone la evacuación de una faja de 100 ó 150 kilómetros de profundidad, antes de que encuentren nuevos nudos de comunicaciones que permitan trasladarse al punto o lugar en que su presencia sea necesaria. Por consiguiente, la maniobra de Vilna ha tenido el resultado estratégico de cortar la unión entre los dos grupos de ejércitos moskovitas del N., éxito que faltaba después de la ruptura entre el centro y la izquierda, llevada a cabo hace más de un mes por las tropas del mariscal von Mackensen; ha tenido, además, la consecuencia material de poner a merced de los alemanes otro pedazo inmenso de territorio; y, finalmente, va a permitir muy pronto suspender la ofensiva en la dirección del E. y concentrar más fuerzas contra el frente Riga-Dvinsk, que es el más importante de todo el teatro de la guerra y donde se encuentran los frutos más valiosos.

Por el momento, no cabe decir más acerca de la maniobra de los tres ejércitos alemanes entre el Vilia y el Niemen, toda vez que tácticamente aún está en pleno desarrollo y no ha llegado a su fase final. Ha de suponerse que, hace ya algunos días, tropas del príncipe Leopoldo y, más probablemente, de Mackensen, están siendo llevadas a Curlandia, donde Below, con fuerzas hasta cierto punto débiles, entretiene desde julio a los rusos, amaga ataques en diferentes lugares, y va obteniendo ventajas parcia-

les que, en conjunto, mejoran su situación, bastante comprometida.

Desde su punto de vista de resistir a todo trance, el cuartel imperial ruso ha respondido del modo adecuado al ataque alemán en Vilna. Entre Dvinsk y Riga, los ejércitos imperiales han vuelto a tomar la ofensiva. No es dudoso que una derrota seria de Below repercutiría en el Niemen y obligaría a detenerse a los ejércitos de Eichorn, Gallvitz y Scholtz. Pero con el ascendiente moral ganado por los alemanes es difícil que los rusos consigan ningún efecto útil. Además, la caballería alemana pone a la derecha enemiga en una situación bastante insegura. Se ha ordenado, también, que se exteame la resistencia contra Leopoldo y Mackensen, ahora más necesaria que nunca, todo con el fin de que se salve el centro. Es claro que, si en el Duina y al N. del Pripet continúa la lucha, disminuirán las probabilidades de que las tropas empeñadas retrocedan libremente a posiciones más seguras.

Todo es consecuencia de la viciosa disposición de los ejércitos rusos en el momento de emprender los alemanes su campaña contra la línea de plazas fuertes. Tenía el Gran Duque el centro de gravedad de sus fuerzas en Siedlce, engañado por los ataques de Mackensen, debiendo haberlo tenido en Vilna. Ya en derrota, quiso trasladarlo a este punto, y a este efecto tuvo que combatir en todo el frente, privando a una gran parte de sus fuerzas de replegarse hacia el E. Desde entonces, luchan los moskovitas en un punto para poderse retirar en otro, y así sucesivamente, y el resultado es que la derrota no cesa de pesar sobre ellos y los alemanes desenvuelven la invasión en condiciones inmejorables: avanzan, no porque se les ceda terreno mientras el ejército vencido se reorganiza, sino porque los choques tácticos diarios les ponen en posesión de las posiciones que va ocupando el vencido, sin poderse detener nunca en ellas ni alejarse para poner término momentáneo a la guerra, que es lo que más conviene a Rusia. Abrazando así, en rápida ojeada, el conjunto de esta campaña, aparece por sí misma la extraordinaria gravedad y las incalculables consecuencias que tiene una derrota estratégica. No se había visto nada parecido desde los tiempos de Napoleón; como éste, los alemanes están ganando las batallas antes de empeñarlas.

Queríéndolos salvar a todos, el cuartel imperial ruso está debilitando a todos sus ejércitos. En el concepto estrictamente militar, mejor fuera sacrificar algunos cuerpos, los más comprometidos, y retirar los demás. Esto ha podido hacerse muchas veces desde primeros de agosto y no se ha intentado nunca. No se descubren los motivos militares que han impuesto este modo de proceder; acaso sean de orden político o estén relacionados con la situación interior del Imperio, pero ello se sale fuera del marco de estas *Crónicas*.

En el teatro S. O. aparece despejado el misterio que durante tantos días se ha originado por la prolijidad de los partes rusos, anunciando victorias, en contradicción con los concisos austro-húngaros y alemanes. La ofensiva de éstos sorprendió a Ivanov en sus posiciones del Zlota Lipa y el Dniester; mal protegida la frontera de Volinia, los austro-alemanes se abrieron paso fácilmente y se apoderaron de

Luzk, primero, y enseguida de Dubno, a la vez que forzaban el frente enemigo y lo empujaban al otro lado del Sereth. Reuniendo un fuerte núcleo en la región de Tarnopol, Ivanov emprendió una vigorosa ofensiva y recuperó algún terreno, volviendo a situarse en algunos puntos de la orilla derecha del Strypa; pero como se acentuara el movimiento envolvente en el N., sobre Rovno, menester fué volver la atención a Volinia: se paralizó la contraofensiva en Galizia, quedando el frente de batalla entre el Sereth y el Strypa, y se empeñó la batalla en Volinia, donde continúa. Si estas combinaciones de Ivanov contribuyen o no a que no decaiga el espíritu público en Rusia, o si ejercerán influjo en la actitud de Rumanía, son cosas que ignoro; pero sí puede afirmarse que la suerte final de aquel ejército está sellada hace muchas semanas: desde el día en que fué arrojado al Zlota y cortado del centro. La acción de las tropas de Ivanov es puramente local y apenas pesará en las operaciones que pongan término a esta guerra; cuando convenga al alto mando alemán, serán derrotadas y militarmente destruidas, que es lo único que resta después de su anulación.

III.—La situación el 25 de septiembre

Ofensiva rusa entre Riga y Dvinsk; ofensiva alemana entre el Niemen y Baranovitch; contraataques rusos al N. de Pinsk; avance de la caballería rusa al S. del Pripet, en la solución de continuidad formada por la línea alemana; avance de los rusos en Volinia, sobre Luzk; y combates indecisos en Galizia oriental. ¿Cuál es el balance de todos esos hechos? Que, en conjunto, el frente alemán sigue trasladándose hacia el E., salvo en algunos puntos, donde la contraofensiva rusa ha tenido por resultado el recuperar momentáneamente alguna aldea o adelantar dos o tres kilómetros. Los alemanes se encuentran a mitad de camino de Vilna a Minsk—70 kilómetros de avance—, han dejado muy atrás a Lida, sangrientamente disputada, están envolviendo Baranovitch, que es, con Minsk, el punto más importante del centro de batalla, y a nadie ha sorprendido su marcha arrolladora, ni apenas se ha visto en ella nada que trascienda a victoria; pero los rusos, con sus desesperados contraataques, recuperan un pueblo—del que vuelven a ser desalojados—o dejan de retroceder, y el hecho se pregona como triunfo casi decisivo. Lo mismo en Galizia: del primer empuje, los austro-alemanes llegaron desde el Zlota Lipa al Sereth, y no por eso se dijo que los rusos habían sido derrotados; pero cuando éstos vuelven a avanzar hasta el Strypa, el fracaso austro-alemán es innegable. Y así en Volinia: caen Luzk y Dubno, y nadie se conmueve; si Luzk vuelve a poder de sus antiguos dueños, el triunfo moskovita será innegable. Pre-

cisamente para no caer en esas exageraciones y prevenir la desorientación que proviene de las minucias, hace mucho tiempo que sólo me ocupo en la situación general que va presentando la guerra, sin medir los kilómetros ni contar los prisioneros. No es eso lo que importa.

La desesperada resistencia de los rusos abre una fase que requiere ser examinada despacio. ¿Obran bien o sería mejor que se retiraran? ¿A qué se debe que realicen unos esfuerzos que no intentaron hace dos meses, cuando podían ganar la campaña que ahora ya han perdido? ¿Es posible que mejore la posición estratégica, muy falsa, que ahora ocupan? ¿Cabía imaginar que a última hora se comprometieran en arriesgadas ofensivas? ¿No se está delineando claramente la convergencia de esfuerzos de Hindenburg, Leopoldo y Mackensen? ¿Ha ocurrido algo imprevisto o extraordinario?

En el frente occidental, los ingleses atacan al O. de Lens; los ingleses y franceses al N. de Arras, y los franceses en la Champaña. Después de los fracasos anteriores ¿obedece esta ofensiva a una finalidad militar? ¿Es prudente quebrantar las propias fuerzas en vísperas de un posible asalto del enemigo?

La respuesta a esas preguntas se encuentra en el S. E. de Europa. Un ejército austro-alemán se reúne en el Danubio, cerca de las Puertas de Hierro; pero la causa directa de esa recrudescencia de actividad de rusos, ingleses y franceses, es la movilización del ejército búlgaro. Va a definirse la actitud de los Balkanes, y, en estos momentos angustiosos, los aliados intentan un esfuerzo supremo para contener a Bulgaria, decidir a Grecia, arrastrar a Rumanía. No importa que la derrota se encuentre a los ocho o quince días, si entre tanto la fuerza de los Balkanes se echa en el platillo de los aliados.

Las operaciones que ahora se están desenvolviendo no responden a objetivos militares, sino que han sido impuestas por consideraciones de orden internacional, y es muy posible que contra el parecer de los cuarteles generales aliados. Esperemos para juzgar, a que el misterio se desvanezca un poco más.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

26 septiembre 1915.

ADVERTENCIA

En el cuaderno número 69, página 299, línea 36, segunda columna, léese «unos 9.000 hombres» debiendo decir «unos 30.000 hombres». Y en la línea 42 de igual página y columna, debe decir «100.000 soldados» en donde se lee «30.000 soldados».